

LA DECADENCIA DEL RADICALISMO ESTADOUNIDENSE EN EL SIGLO VEINTE

GABRIEL KOLKO*

I

Las teorías que circulan acerca del fracaso del socialismo estadounidense en el siglo xx le proporcionan a la sociedad norteamericana numerosas oportunidades de entregarse al autobombo, y esto quizás explica por qué nadie ha realizado un examen satisfactorio del asunto. La apropiación que han hecho los partidos principales de las plataformas de los terceros partidos, la prosperidad económica de una sociedad que le hizo frente a los padecimientos económicos que en otras naciones provocaron la formación de partidos socialistas, el fundamento consensual, lockeano, de un liberalismo norteamericano tan amplio que acató las exigencias de la izquierda, el conservadorismo religioso y racial de los obreros estadounidenses, la volubilidad social, o la limitada conciencia sindical, por ser todas interpretaciones aceptadas en términos de la mayoría han permitido una visión más estrecha de lo jutificable en cuanto a la naturaleza del contexto histórico en que sobrevino la derrota del radicalismo norteamericano. Si cada una tiene algún mérito por separado, la tesis que conjuntamente sustentan pasa por alto la posibilidad menos llamativa de que el socialismo norteamericano fracasó en parte por causa de su propia vida interna y de su propia ideología, pero primordialmente porque en los asuntos decisivos la sociedad norteamericana y la política del siglo xx también han fallado en un mundo azotado por la guerra y el sojuzgamiento. Realmente, dada la natu-

* Gabriel Kolko enseña Historia en la Universidad de Pensilvania y es autor de *The Triumph of Conservatism* además de *Railroads and Regulations, 1877-1916*. Traducción de Pedro June Sato.

raleza caótica de buena parte del siglo, las tibias consideraciones respecto a la muerte del socialismo se cuidan de tomar en cuenta la sustancia del período haciendo caso omiso de la relación del fracaso del socialismo norteamericano organizado con la derrota no sólo de la política y de la diplomacia estadounidense, sino también con el colapso intelectual y político de la izquierda en el mundo occidental. Vale la pena estudiar algunas de las causas internas y externas de la decadencia del radicalismo estadounidense.

El legado intelectual y político del marxismo no preparó a la izquierda en Estados Unidos y en Europa para afrontar las complicaciones del siglo XX tal vez sólo porque, a pesar de las citas de exégesis, el marxismo y todas sus posteriores variaciones y escuelas surgidas antes de la Primera Guerra Mundial acataron un optimismo paralizador y debilitante heredado de la tradición intelectual de la idea del progreso. La derrota en términos de una posibilidad de prolongada y hasta permanente duración jamás se tomó en cuenta, y una teoría social que no puede concebir esta alternativa resulta no sólo insatisfactoria en términos del intelecto, sino falsa como fundamento del análisis y de la acción en la política. Pasando por alto el asunto intelectual de tener a mano un recuento veraz de los acontecimientos del pasado, el automático optimismo hizo a los socialistas descuidar las consecuencias negativas de la acción o de la inercia respecto a las metas ansiadas, y tratar de acomodar cada acontecimiento político y económico sobresaliente dentro de una norma de crecimiento inevitable que justificara lo optimista. Tal actitud determinista dio paso al quietismo, al festejo y a lo oportunista, según los socialistas del mundo acogían con beneplácito los acontecimientos que los conducían hacia su propia aniquilación. Nunca se tuvo en cuenta que las sociedades tienen oportunidad de triunfar, así como de fracasar en cuanto a la consecución de metas que ambicionan, y que la precaria relación de medios y fines amerita una preocupación continua. Tanto la democracia social como el bolcheviquismo, que compartían las premisas del liberalismo histórico, se abstuvieron de contemplar la posibilidad de lo trágico en la historia, un punto de vista respaldado acaso por las premisas seculares pero que fijó como premio del éxito una mayor carga en el pensamiento superior y en la adecuada acción social durante los momentos críticos de la historia. La necesidad de un hecho decisivo en las situaciones impredecibles no era importante ni para la estrategia política socialista ni, después de 1918, para la bolchevique, ya que la evolución normal no la exigía, y por esto es posible comprender la parálisis de la izquier-

da al encarar la reacción ante la Primera Guerra Mundial o a la suscitada por la época de entre ambas guerras.

La importancia del marxismo en el siglo XX depende menos de su función como un golpe inspirador de fe y de compromiso radicales, que de su valor como sistema intelectual capaz de aplicarse de modo esclarecedor a la realidad social. Tras la retirada del socialismo austriaco y de Rosa de Luxemburgo se puede argüir que, en cuanto al análisis de tipo económico y social, los marxistas produjeron bien poco de valor, y que por lo tanto la función del marxismo como ideología y exaltación del cambio social resultó desesperanzadamente limitada para las tareas a mano. Y ya que a la izquierda occidental le escaseaban las teorías, no debe sorprender el hecho de que la izquierda estadounidense estuviera casi a la par del intelecto del movimiento internacional. Nada inusitado resulta que a lo largo de la historia del socialismo norteamericano no surgiera ningún teórico socialista de originalidad o de importancia: a lo más que se llegó fue al logro de individuos carismáticos o de hombres con marcada integridad a quienes se les admiró y apreció por su constancia y dedicación. Aunque el radicalismo norteamericano a la altura de la organización era infinitamente más débil que el socialismo europeo, lo importante estriba en que la democracia social y el bolcheviquismo en la Europa occidental jamás pudieron convertir a los movimientos políticos populares en un éxito político —al estilo de un orden social nuevo en gran parte— por las mismas razones que impidieron la aparición de una izquierda importante en Estados Unidos.

¿Cuáles fueron los motivos intelectuales de la impotencia del socialismo o de su imposibilidad de fomentar una dinámica teoría social capaz de afrontar las complicadas realidades políticas y económicas de este siglo?

Marx indudablemente deseó que su sistema intelectual sirviera de fuente a una reserva de teorías que sus sucesores pudieran aplicar y ampliar continuamente, pero lo cierto es que no ocurrió de tal modo. Lo que pudo alentar al cambio social lo reprimió a la larga, cuando la izquierda falló en mantenerse a la par con el evolucionante capitalismo y con la sociedad de los tiempos modernos. Esta brecha cada vez más amplia entre la teoría y la realidad con frecuencia hizo aplicar las premisas del siglo XIX a las condiciones del siglo XX, y el marxismo se convirtió en el pesado fardo de la izquierda: el opio del optimismo y de la certidumbre de Marx asimilada durante el siglo anterior desarmó a los revolucionarios del siglo XX excepto cuando, tal como en el caso Lenin, la persecución del poder indujo al abandono de la ideología. En verdad los socialistas no fracasaron por

motivo del marxismo, sino porque su dependencia en una tonta visión de ello se empleó para justificar acciones que carecían de mejor raciocinio. El marxismo fue más efecto que causa, pero no logró corregir ni el oportunismo ni el optimismo.

Marx y Engels adoptaron temprano una posición contra la tesis de los socialistas utópicos de que la tecnología industrial era dúctil y capaz de obedecer mandos descentralizados así como la dirección que le impusieran los hombres para el logro de sus propios propósitos sociales. Para Marx y los marxistas la centralización inevitable y el monopolio de la industria bajo el capitalismo no eran sólo el requisito previo de un nuevo orden social, sino también su mejor garantía. Los marxistas, desde el Partido Socialista de Estados Unidos hasta los mencheviques, descartaron como empresa inútil lo de bregar con esta tendencia inexorable. Después que los imperativos económicos del sistema se ovillaron por cuenta propia hasta armar una descomunal superestructura en forma de madeja, el capitalismo presuntamente habría de sofocarse bajo su propio peso y sus propias contradicciones.

Tal entendimiento de la evolución del capitalismo llevó lógicamente a considerar la fragilidad de la economía en el mayor contexto social en vez de encauzar hacia una investigación del grado de las debilidades que pudiera haber entre las grandes empresas no necesariamente en cuanto a capital constante o variable, plus valía o tasas de ganancias, sino más bien en cuanto a fallas que reflejaran la innovación, la descentralización del mercado o de la economía internacional. Los socialistas de Estados Unidos, exceptuando tal vez a William E Walling, apenas discutían las probabilidades económicas de modo que se insinuara que al carácter y a la función del orden político podían influirlos profundamente las necesidades de la economía, cambiando los rasgos tanto de la política como de lo económico de tal manera decisiva que exigiera una teoría política superior de cambio a la última expresión de Engels en cuanto al marxismo. Esta desventaja fue tan real entre las escuelas dominantes del socialismo en Europa como lo fue en Estados Unidos.

No es injusto sugerir que la teoría parlamentaria y legalista del cambio social que los socialistas estadounidenses y europeos aceptaron teóricamente y prácticamente antes de la Primera Guerra Mundial, y que los bolcheviques de la Europa occidental aceptaron en la práctica desde mediados de 1920 en adelante, fue también resultado lógico de la teoría marxista. Sería en realidad muy fácil catalogar los comentarios de Marx y Engels respecto a la necesidad de la acción revolucionaria, pero tanto en sus reacciones ante la anarquía como

ante el espectacular triunfo electoral de la democracia social alemana Marx y Engels optaron finalmente por la *política* izquierdista como medio decisivo para obtener el cambio social en Occidente, y por lo tanto implícitamente por una liberal teoría política según la cual la estructura, a fin de cuentas y pese a la corrupción, era un instrumento desclasado del cual se podían valer los obreros.

La creencia en la eficacia de la urna electoral y en el neutralismo del Estado sentó las bases del mecanismo parlamentario, de la ingenuidad y del fracaso consecuentes del socialismo de la Europa occidental. Una conclusión lógica de esta premisa fue el equivocado concepto de las funciones del Estado en la economía y en la sociedad. Los socialistas de Estados Unidos podían por lo tanto ver la intervención del Estado en la economía como una especie de socialismo sustituto que reflejaba quizás los intereses de la pequeña empresa contra la gran industria, como lo interpretó Walling, pero aun así como un paso importante en dirección del verdadero socialismo. Y con la fe de éstos en lo parlamentario se condujo al socialismo europeo a lo largo del sendero menos incómodo de la "política de la responsabilidad" hasta situarlo en el frágil orden desgánadamente liberal que después de 1914 no pudo impedir la muerte de ese sistema abatido por la guerra y la reacción. La responsabilidad para con una sociedad irresponsable condujo de hecho a la obtención de ciertos logros mínimos en la Europa occidental —a una especie de Estado beneficente—, pero el movimiento socialista falló en contrarrestar las manifestaciones profundamente retrógradas del capitalismo occidental que de vez en cuando se mostraba agobiado por unas crisis que amenazaban, y con frecuencia lo lograron, anular la doctrina de beneficencia social y mucho más que eso, entre ello anular a los socialistas. Hacia 1914 pensaban los socialistas tanto en Estados Unidos como en Europa que a pesar de todas sus limitaciones las formas políticas existentes podían emplearse en una lucha limpia que lograra una victoria limpia, una victoria que no nacería del terror, de la batalla y de la contrainsurgencia. Para el nuevo mundo que los socialistas deseaban crear antes de 1914 —cuyas guías trazaron vagamente Marx, Engels y sus seguidores— aún servían las armazones heredadas. Tanto los socialistas norteamericanos como los europeos dieron por válida esta suposición.

El medio para explotar a esta estructura era la clase obrera, que con su dinamismo, con sus huelgas y con sus organismos levantados frente a la represión y al conflicto parecía —dedicada a un continuo quehacer que mejor se describió—, sin duda en cuanto a su manifestación norteamericana, con el término de "lucha". Los socialistas to-

maron esta lucha en el sentido revolucionario que atañe más al cambio social decisivo en vez de a unos fines limitados, confusión que el hecho histórico aún tiene que justificar. Parecía inconcebible que esta épica heroica y de sacrificio pudiera estar destinada al logro de objetivos inferiores a lo heroico y lo ennoblecedor. El movimiento socialista norteamericano, así como ciertas secuelas revisionistas en Europa, también vieron la necesidad de ganarse a los hombres de buena voluntad de la clase media cuyos problemas económicos también la inducían hacia el socialismo, pero a fin de cuentas el concepto de la clase obrera representó el meollo de la teoría del cambio.

Atentos al brote de los nuevos esfuerzos dirigidos hacia la reglamentación de la economía de antes de la Primera Guerra Mundial, los socialistas fallaron en comprender el devenir politicoeconómico que vivían, un acontecer pragmático, azaroso y que apenas entendían hasta sus más sofisticados defensores. Nada de la teoría económica, mucho menos el *laissez faire* y los marginales postulados económicos, preparó a los socialistas para la posibilidad de que una integración orientada por el sentido de clases en muchas zonas claves del Estado y de la economía acaso tendiera a justificar y a fortalecer al capitalismo. Esto simplemente reforzó al capitalismo moderno de tal manera que no sólo hizo lucir anticuada a la economía marxista, sino que también al cambio social democrático y a los instrumentos políticos presuntamente asequibles para ese propósito los tornó distantes. En medio de esto, casi todos los socialistas de Estados Unidos y todos los de Europa malinterpretaron el afán del capitalismo de fortalecerse a sí mismo con técnicas aparentemente neutrales de planificación económica sofisticada, técnicas cuyo entendimiento nada del legado socialista intelectual los ayuda a lograr y que con el respaldo de ellos ayudaron a infligirle a la izquierda una muerte casi voluntaria. Al igual que los defensores ortodoxos del *laissez faire*, muchos socialistas creyeron que la intervención del Estado en la economía conducía hacia el socialismo.

La reacción del socialismo norteamericano provocada por todo esto no fue excepcional. Lo que intriga no es sólo el hecho de que los socialistas fallaran en levantar un partido en Estados Unidos, aun cuando estas razones pueden ser tanto importantes como exclusivamente norteamericanas, sino porque los socialistas también fallaron respecto a los decisivos asuntos intelectuales para los cuales mostraban poseer una buena organización. Tomando en cuenta que las complicaciones del capitalismo y de la política del siglo xx dejaron atrás al socialismo estadounidense, puede sugerirse que éste fracasó por lo mismo que fracasó el socialismo europeo.

II

Sin embargo, las particulares causas norteamericanas del fracaso del socialismo y del radicalismo durante el siglo, también merecen considerarse de nuevo. Estas fueron tanto externas para los grupos socialistas organizados con raíces en lo exclusivo del orden social más elevado, como internas reflejadoras de las cualidades especiales de los partidos y de sus seguidores.

La historia política e intelectual del Partido Socialista, sin hablar de la del Partido Comunista, la describe y entiende mucho mejor los historiadores que la de acaso cualquiera de los partidos principales durante un plazo similar, y esta fascinación con las causas de los fracasos en vez de con las causas de los éxitos me permiten gastarme el lujo de generalizar valiéndome de la exhaustiva investigación ajena. Desde su comienzo hasta 1900 el socialismo norteamericano fue tan pintoresco como un invernadero intelectual, pero no más que el Partido Laborista de Gran Bretaña, el cual tuvo el mismo exotismo. En términos de causa el socialismo hizo mella en todas las expresiones intelectuales de interés: los cristianos que vieron en el socialismo cortés una manera de traer el cielo a la tierra, los proponentes de curiosos dineros al ir en busca de soluciones más densas que la plata corriente, las agrupaciones colonizadoras del cooperativismo que dirigidas por Eugene Victor Debs podían recurrir a John D. Rockefeller como un "caballero cristiano" para traer de vuelta a Estados Unidos las posibilidades de avanzada, los intelectuales inconformes que luchaban por provocar el fin de la enajenación de la sociedad industrial, los seguidores del movimiento nacionalista de Edward Bellamy y, desde luego, los orientados por el marxismo que al paso de 1901 habrían de dominar con eficacia al Partido Socialista integrado por una amalgama de agrupaciones.

El mundo interior del Partido Socialista hasta 1902 no difería de la Democracia Social Alemana, de la cual absorbió muchas de las doctrinas de la escuela revisionista de Eduard Bernstein y de sus aparentes críticos izquierdistas. El partido no era sólo parcialmente alemán en cuanto a la ideología —tomar prestado del debate Bernstein-Kautsky era una conveniencia, no algo en lo cual se creyera—, sino también en términos de la burocracia clásica descrita por Robert Michels en su obra *Los Partidos Políticos*. Desde este punto de vista el Partido Socialista era un partido de funcionarios, de dirigentes y de una élite bastante premiosa respecto a la democracia de los subalternos y al descontento. El partido, al igual que los partidos socialdemócratas europeos de antes de la Primera Guerra Mundial, era bolche-

vique en cuanto a la estructura aunque bastante democrático en cuanto a la teoría de organización. Más tarde, en 1919, los hombres que dominaban al partido desde antes de la guerra deshaucieron a la mayoría de los miembros porque éstos también respaldaron la teoría bolchevique, así como en la asamblea de 1912 habían expulsado a la desconcertante facción del sindicato de los Obreros Industriales del Mundo que no creía en el parlamentarismo. El partido nunca había intentado reclutar a las multitudes obreras del arrabal y de la industria, y al deshacerse de sus miembros de los Obreros Industriales del Mundo cortó sus ya flojos lazos con la masa obrera de antes de la guerra. Era un partido de dentistas, para traer a colación el poco generoso pero muy apto comentario de Trotsky, y en lo de su directorio se mantuvo así siempre.

El carácter de la clase media de la mayoría de los líderes socialistas reflejaba la creencia de que entre la clase media y los obreros diestros había los más aptos para figurar en los organismos, y esto inconscientemente exigió un acatamiento decisivo para con los prejuicios dominantes, suposiciones garantizadoras de que la fuerza política de los socialistas nunca pasaría de los 90,000 votos obtenidos en las elecciones de 1912 a menos que el partido cambiara radicalmente sus tácticas, cosa que nunca hizo. En cuanto concierne al sindicalismo, el partido siempre mantuvo sus lazos iniciales con la Federación Norteamericana del Trabajo (A. F. L.), que para entonces era el más conservador de los gremios predominantes en el mundo.

La posición del Partido Socialista respecto a los derechos civiles y al racismo tampoco podía ganarle el apoyo de la comunidad negra. Antes de la guerra el Partido Socialista permitió en sus filas el distingo social, lo de mantener a los negros fuera de las filiales de blancos en el sur, así como lo de acatar las teorías de la superioridad racial. El partido aprobó sólo una resolución en cuanto a los derechos de los negros, débil ésta, entre 1901 y 1912. Los orientales no sufrían menos prejuicio, y tanto en esto como en relación con el asunto más amplio de las reglamentaciones de inmigración el partido se dejó llevar por las conservadoras y aún reaccionarias directrices de la Federación Norteamericana del Trabajo. Hizo poco antes de la guerra por sumar inmigrantes a sus filas o por publicar bastante cantidad de propaganda en otros idiomas, y la escasa producción en este caso dependió casi siempre de la iniciativa local e individual.

La expulsión del sindicato de los Obreros Industriales del Mundo en 1912 le costó pronto al partido una importante minoría de sus 125,000 miembros, pero las nuevas circunstancias habrían de producir

una victoria para su ala izquierdista. Perdió a casi todos sus intelectuales debido al movimiento que se abanderizaba a la guerra, pero su intransigente postura antibélica —hasta 1917 no hubo en su neutralismo nada particular— le procuró el vasto respaldo del electorado. Mediante una campaña basada en la propaganda antibélica aumentó de tres a ocho veces el por ciento de sus votos en las elecciones de 1917, con una cantidad mayor de votos en zonas donde predominaba la población nortea. En 1919 la matrícula del partido casi alcanzó imponer de nuevo la marca lograda en 1912, pero el carácter de su matrícula había cambiado radicalmente. Perteneía el trece por ciento del partido a facciones que en 1912 conocían otros idiomas, mientras que en 1919 éstas representaban el 53 por ciento. El Partido Socialista se había inclinado hacia la izquierda por primera vez, habíase convertido en un partido de inmigrantes y alcanzaba unas ganancias electorales importantes.

Aunque las disputas intestinas han sacudido al Partido Socialista desde 1919 y lo hubieran destrozado de todos modos, es importante traer a cuento que precisamente cuando el socialismo estadounidense parecía a punto de lograr cierto éxito político y estructural, varios gobiernos estatales y el gobierno federal se combinaron para atacarlo. A los candidatos elegidos les negaron sus curules en el Congreso y en varias asambleas estatales, se deportó a los dirigentes surgidos de la inmigración mediante el empleo de las leyes contra los espías y los sublevados, se envió a la cárcel a numerosos líderes del partido, a los periódicos se les impidió valerse de los privilegios postales y se les hostigó de otros modos, y en diversos lugares el rotén, el candado y la cárcel pusieron coto a las actividades del partido. Si bien el gobierno utilizó la guerra y el patriotismo para justificar sus acciones, debe recordarse que los prominentes progresistas, con muy pocas excepciones, también respaldaron al Espanto Rojo y a las leyes restrictivas por causas que siempre están implícitas en las ideologías progresistas poco antes de los tiempos bélicos. Los progresistas deseaban sumar las comunidades obreras y de inmigrantes a una sociedad homogénea y ordenada, y temían que el socialismo fuera consecuencia de la imposibilidad de lograr tal cosa. Roosevelt nunca se había equivocado en cuanto al empleo de la fuerza contra el obrerismo disidente, y respaldó consistentemente infracciones mayúsculas de las libertades civiles de los gremios y de sus dirigentes. De acuerdo con el pensamiento de hombres como Roosevelt, la ideología progresista intentaba entre otras cosas echar a un lado la amenaza del socialismo mediante la reforma del capitalismo. La empresa United States Steel Corporation, aceptada por Roosevelt como un modelo de empresa

lúcida, podía presentar lo mismo sus Pinkertons o detectives privados que sus medidas a favor del bienestar social cuando fuese necesario. En pocas palabras, si no era posible hacer que el obrerismo se integrara con el orden social por medio de las buenas obras, habría que enmendarle la talla, amputándole su inmanipulable izquierda mediante cualesquiera medios adecuados para la tarea, lo cual incluía el exterminio. Sólo cuando se toma esto en cuenta es posible comprender el apoyo casi unánime que los reformistas de antes de la guerra les brindaron al Espanto Rojo del Presidente Wilson y a las leyes contra el espionaje y la sublevación.

En parte el fracaso del radicalismo norteamericano se debió, por lo menos entre 1917 y 1920, a la inhabilidad de la política estadounidense para funcionar de acuerdo con las aceptadas pero rara vez practicadas teorías ideales del político proceder democrático. El socialismo de Estados Unidos no logró distinguir las limitaciones que este desmembramiento habría de ocasionar en su propio concepto de cambio, y esa mira permaneció estática hasta que fue demasiado tarde. Si bien el carácter verdadero y la eficacia de una estructura política se revelan sólo a la luz de la presión y de la crisis, puede sugerirse que los socialistas compartían lo que generalmente se consideraba una sublime inocencia respecto a lo acomodaticio de la democracia estadounidense en medio de la crisis. Para los socialistas la ingenuidad resultó decisiva, puesto que su interés en la validez de los existentes mecanismos de cambio era vital, mientras que para los otros lo inamovible de la maquinaria política tan sólo aumentaba su interés en el *statu quo*.

Tomando en cuenta a la sociedad y a la política de Estados Unidos anteriores a la Primera Guerra Mundial, los socialistas reconocían la existencia de un patrón de clases como un hecho objetivo y en su interior percibían suficiente inquietud y ruido como para atribuirle un aparente estado dinámico. A este dinamismo se le podía tomar las medidas, y su desarrollo sería capaz de anidar la esperanza de vindicación de la teoría socialista del cambio. Las clases, los estratos y los intereses en disputa tuvieron el reconocimiento de Marx, aunque éste ni los creó ni los descubrió. Ya que a la larga el origen de la política descansaba en el conflicto, el contexto social de tal conflicto podría conducir hacia un decisivo cambio social. Existía otra posibilidad que los socialistas se negaban a tomar en serio, pero que Thorstein Veblen había propuesto antes de la guerra. Podía también tomarse a la sociedad estadounidense como una estructura de clases carente de un *decisivo* conflicto de clases, como una sociedad que limitaba el conflicto a asuntos de menor envergadura nada críticos para el orden

prevaleciente, y en el cual el valor de una oposición satisfactoria era relativamente modesto en términos de la continuación del sistema social. En pocas palabras, una estática estructura de clases al servicio de fines clasistas podría inutilizarse dentro de la sociedad norteamericana aun cuando los intereses y valores servidos respondieran a una clase dominante. Un consenso bastante monolítico existiría voluntariamente en cuanto a los asuntos que resultaran imprescindibles para la supervivencia de las élites políticas y económicas vigentes, y su interés primario podría a fin de cuentas respetarse. La dominante concepción de intereses, los principales valores de la sociedad, no tenían que estar ajenos al sistema de clases, como Louis Hartz y otros recientes teóricos del consenso han planteado, sino meramente ser aceptados por esas facciones de la sociedad que carecen de interés objetivo en el orden constituyente. Me parece que esto era lo que intentaba decir Veblen no para justificar el dominio de lo comercial en la vida estadounidense, sino para explicar el alcance de su persuasividad obvia en cuanto a lo material y a lo espiritual.

El mejor argumento en favor de tal interpretación es el hecho de que durante este siglo en Estados Unidos el movimiento obrero y los indigentes jamás han convertido sus luchas para el logro de cosas específicas en exigencias de índole mayor que procuren un cambio fundamental. El mito de que la sociedad estadounidense es una que acoge con beneplácito la oportunidad y la igualdad para todos —como si una retórica de carácter indefinido pudiera ser más realista que un entendimiento franco de la naturaleza norteamericana desigual y clasista en cuanto a su funcionamiento— afecta no sólo al obrerismo, sino aun a los activistas de los derechos civiles que quieren sumir al negro en una sociedad inmanente petrificada y orientada hacia el clasismo en unos términos decisivos que nada tienen que ver con la raza. Y si no todo el mundo comparte este consenso conscientemente, y aun si la mayoría ni se muestra de acuerdo o en desacuerdo sino apática respecto a tales asuntos, lo menos que se puede decir es que nadie ha podido re-encauzar esa apatía hacia una alternativa importante. En realidad, aun el ciudadano apático permite frecuentemente en épocas de crisis y de tensión que otros le definan la ideología del consenso en cuanto a la vida norteamericana, y acepta como aspiraciones de índole nacional lo que en verdad son aspiraciones e intereses de clase. La apatía misma es menor prueba que el hecho de que a las desviaciones conscientes de los valores manipulados en términos consensuales se les ha tildado brutalmente durante este siglo de "hunismo", "pacifismo", "bolcheviquismo" o lo que se quiera, sugiriéndose así que aunque las más de las veces ha sido con carácter voluntario el poder

legal también ha reforzado y definido al consenso para librar a la sociedad de los peligros que una posible democracia en funciones le planteaba al orden prevaleciente.

El Partido Socialista, por lo tanto, también reflejaba lo consensual y aceptaba voluntariamente el absoluto dominio de la ideología política estadounidense, una ideología descrita por conveniencia como libre del sentido de clases, y durante los últimos años como el fin en vez del triunfo absoluto de lo ideológico, para reafirmar la visión del carácter neutral, libre y sin trabas del mecanismo político. Los radicales norteamericanos dieron por cierta esta mitología e intentaron tomar parte en el juego de acuerdo con las reglas bastante insignificantes para la realidad política y social, realidad que se mantuvo opaca hasta que el ejercicio de los derechos políticos nominales amenazó resistir la manipulación y se necesitó de los Espantos Rojos, del uso truculento de las leyes electorales y de otras cosas por el estilo para fortalecer un consenso que equivalía al dominio de clases. Y ya que en muy pocas ocasiones era mucho el vigor con que se desafiaba este dominio, y debido a que la izquierda norteamericana por lo regular hallábase incapacitada por sus propias debilidades internas, rara vez fue posible percibir el verdadero carácter de la política como un medio de confirmar y de hacer legítimo el orden establecido. Para que la izquierda norteamericana se fijara en esta experiencia histórica con ojos plenamente abiertos, también hubiera habido que exigir un ansia de reorientar su teoría social descriptiva y su concepto del cambio. Para tomar al sindicalismo como algo enlazado con el capitalismo de reforma, hubiera sido necesario contar con una visión flexible, menos reverente del obrerismo. Para entender la estructura electoral como algo libre sólo cuando el ciudadano prescindía de ella, habríase requerido nuevas tácticas, las cuales también pudieran haber resultado inadecuadas a la luz del apoyo aparentemente sobrecogedor que al orden social le prestaban quienes menos provecho derivaban de él. Para que la sociedad hubiese sido por deseo propio y aun felizmente un sistema de funciones totalitarias dentro de su carácter monolítico, se hubiera necesitado el rechazo del optimismo político del siglo XIX, optimismo que no sólo pretendía justificar gastos insignificantes que constituían un mundo imaginario de retórica democrática encubridora de la política controlada, sino que también ofrecía a la izquierda alguna esperanza de alcanzar el éxito a la larga. Para dudar de que tal éxito era imposible en un juego tan fraudulento, habría tenido que contarse con un realismo que lindara con la voluntad de encarar una visión trágica que acaso incluyera olvidarse de Estados Unidos como escenario de progreso social en el siglo XX.

Y en vez de ponerse a estudiar estas desagradables alternativas, la izquierda estadounidense continuó después de 1919 sus rituales actos de la autodestrucción.

Una de las interpretaciones más conocidas del fracaso de la izquierda norteamericana —lo cual abarca a los partidos socialista y comunista posteriores a 1919— le atribuye la derrota al éxito del capitalismo estadounidense. Esto tendría sentido si se le aplicara a un período en el cual hubiera habido empleos para casi todos, pero durante una década a partir de 1929 habían fallado tanto la izquierda como la estructura social mayor dentro de la cual funcionaban los izquierdistas, y mucho antes de que las reformas del Nuevo Trato, alegadamente lo despojara de su fuerza además de coartarle sus presentes demandas básicas, el Partido Socialista ya era difunto. Mantuvo su existencia, desde luego, pero nunca representó un factor importante que pusiera a la política estadounidense o al sindicalismo en camino de una nueva embocadura de cierto significado social. Lo que calificaba de "vida" era una precocidad faccional que aguzó el talento polémico de algunos de sus más brillantes seguidores jóvenes, talento que muchos luego emplearon para provecho propio en calidad de portavoces claves del anticomunismo después de la Segunda Guerra Mundial.

Durante la década de 1920 los dirigentes del Partido Socialista adquirieron unos modales burocráticos, más sosegados, al frente de sus propias instituciones, acumulando tantos para sus carreras en particular y manteniendo una pureza doctrinaria que para entonces se hallaba bastante a la izquierda de lo que prevalecía en el partido antes de la guerra. Los comunistas, pese a su retórica antiparlamentaria, postularon su primer candidato presidencial en 1924, y discreparon sólo levemente con los miembros del Partido Socialista respecto a las premisas políticas de sus funciones. El Partido Comunista era esencialmente también un partido de inmigrantes recién llegados, y durante el decenio de 1920 su vida interna de ameba lo mantuvo preocupado acerca de los seguidores de Trotsky y de Lovestone. Aun cuando creó su propia estructura para el caso, repitió al sindicato y a las demás actividades de los socialistas. En resumen, del mismo modo que la democracia social se bolcheviquizó siguiendo los patrones burocráticos anteriores a la época bélica, el bolcheviquismo se revistió de las características de la democracia social para avanzar después de 1924 hacia el parlamentarismo y el sindicalismo de una manera que difícilmente podía crear un nuevo orden donde otros habían fallado en lograrlo.

Las divisiones surgidas dentro del Partido Socialista después de 1933 no ameritan mucho estudio.

Los factores relacionados con la edad, con la política o con la sicología mantuvieron al partido en tal forcejeo de bandos que de 22,000 miembros en 1934 su matrícula descendió a una de 7,000 en 1938 y de 2,000 en 1941, lo cual no ha superado desde entonces. Durante la década de 930 casi todos los que pertenecían al Partido Socialista habían nacido en el extranjero o formaban parte de la primera generación brotada en suelo norteamericano, y este patrón de la preponderancia de inmigrantes se hizo aún más evidente dentro del Partido Comunista. En este sentido ambas agrupaciones sirvieron de algo así como un centro de fraternización —la mayor parte de la propaganda del Partido Socialista no estaba redactada en inglés— para los migrantes solitarios que podían aumentar los fondos recogidos en banquetes para los muchachos de Scottsboro, pero quienes en esencia se adaptaban de la mejor manera posible a una extraña vida nueva. Lo que a fin de cuentas resultaba más importante para tales izquierdistas era la convivencia que les prestaban el salón de banquetes y los camaradas conocedores del vernáculo. Acaso estas actividades también sufragaran los gastos del trabajo de los jóvenes más dedicados que se entregaban a la política tal como ellos la definían y que, especialmente en cuanto a los comunistas de después de 1935, se dejaban encantar por la euforia y por el apasionamiento de organizar al Congreso de Organizaciones Industriales (C.I.O.), de viajar a España o de sumarse a los movimientos estudiantiles. Aun cuando los comunistas perdieron su habilidad para atraer a los jóvenes y a los dedicados, en los peores tiempos del período macartista contaban todavía con los fieles del salón de banquetes cuyas raíces estaban sumidas en las actividades de la agrupación de los Obreros Industriales del Mundo o de otros organismos similares: individuos envejecidos, desorientados, a quienes se les transformó para consumo público en conspiradores que le planteaban a la sociedad un grave peligro.

Los problemas de índole intelectual de los socialistas y comunistas estadounidenses se parecían mucho a los de sus asociados en Europa. A lo largo del decenio de 1930 la izquierda europea se vio inmersa en una batalla de retaguardia que llevaba las de perder a la vez que se encaminaba junto con los capitalistas hacia una conflagración mundial. Caracterizaban a la izquierda los fútiles esfuerzos que realizaba para hacerle frente a las iniciativas de la reacción. La izquierda de la Europa occidental, lo cual incluye a los partidos comunistas, no pudo quebrar el molde de un parlamentarismo que ya no era tan maleable como para proporcionar el necesario liderato decisivo que hiciera posible un cambio social capaz de detener el avance de la derecha. El "socialismo" se convirtió entonces en sólo otro medio de mayor sofisticación

técnica para administrar a un afeminado capitalismo europeo, y tras la época del Frente Popular, especialmente entre 1944 y 1947, los comunistas con frecuencia participaron en este juego haciéndole la corte a las posiciones honorables mediante la búsqueda de puestos en los gabinetes ministeriales de Francia, Bélgica e Italia, algo que con frecuencia hizo de la práctica función doméstica del Partido Comunista de la Europa occidental nada distinto de la función de los partidos socialdemócratas y liberales de centro.

Acaso puede sugerirse que de hecho la herencia institucional y económica del capitalismo occidental limitó a la izquierda europea y la condenó de ese modo a la derrota. De ser así, tanto la izquierda europea como la de Estados Unidos jamás reconocieron el dilema en serio, sino que persistieron en rendirle tributo a las doctrinas socialistas que transfiguraron a la acción política en concepto de cambio. Los influyentes líderes políticos de estos movimientos apenas se dieron cuenta de que la izquierda contribuía a fortalecer al capitalismo. Esta falta de recapacitación caracterizó aún más a la izquierda norteamericana que a la europea porque en Estados Unidos no hubo núcleo intelectual capaz de percibir estos dilemas.

III

Existe tan buena documentación desde la Segunda Guerra Mundial respecto a los errores cometidos por la izquierda bolchevique, que hacer la historia del Partido Comunista en todos sus aspectos se ha convertido en una empresa de gran envergadura, de buen respaldo económico y muy debilitadora, tanto causa como reflejo de la desaparición de la izquierda estadounidense. Cayó en lo peor al sugerir que el Partido Comunista representaba un factor importante en el período histórico norteamericano posterior a la Primera Guerra Mundial, tal como los paranoicos macartistas habían insinuado. Lo mejor que de ella puede decirse es que fue un diálogo con el macartismo en unos términos y en cuanto a unos asuntos que ese movimiento mismo definió, diálogo de cariz escrupuloso sólo porque aplicaba cánones más comprometedores para la prueba. A esta empresa se dedicó una facción expresiva de la izquierda no comprometida con el Partido Comunista, la cual consideraba de modo implícito un asunto más serio lo de discutir acerca de un insignificante e impotente partido que lo de encarar materias políticas y sociales. En realidad la disputa en torno al Partido Comunista le brindó a la izquierda una excusa para posponer y

finalmente evadir la brega con asuntos mucho más significativos y difíciles que asomaban ante ella en una época de terror nuclear.

No fue inesperado que la izquierda desligada de los comunistas concentrara tan de cerca su atención en el Partido Comunista, ya que el anticomunismo se había tornado en un imperativo categórico de la vida estadounidense y en un medio de la izquierda para figurar dentro de los supuestos mayores de su sociedad y tal vez hacerse ella misma más verosímil. Sucumbiendo ante el sentir de la época, aun cuando proclamaba una elevada moral de confusa definición, la izquierda norteamericana se arrogó poco a poco más suposiciones determinantes de la política convencional, yéndose al bando de los grupos más liberales en la Guerra Fría con la esperanza, bastante quimérica, de que con los liberales habría de lograr el éxito que no pudo obtener con los obreros. Fija la mirada áspera en las deficiencias de los bolcheviques, la izquierda de la posguerra no logró reconocer las fallas propias y mucho menos percibir que sus defectos morales figuraban en la misma categoría que la de los que le achacaba a los bolcheviques. Ambas agrupaciones habían dejado de mirar con juicio crítico sus rasgos preferidos, ninguna tenía nada nuevo que decir respecto al ambiente estadounidense y a su mecanismo de cambio. Los socialistas juzgaron hasta los peores pormenores de la situación en la Europa oriental, pero poco dijeron, por ejemplo, de las acciones de los ministros socialistas franceses que en Indochina, Madagascar y Argelia cometieron en nombre de un viejo régimen horrores que hacían palidecer a los de los bolcheviques entregados a una lucha a ciegas contra quienes ofrecían resistencia a las nuevas sociedades. Los discernimientos morales evocados en favor del anticomunismo se opacaron cuando en los momentos críticos hubo que prestarle respaldo a Occidente.

Tales doctrinas resultaban concordancias lógicas de la parcialidad socialdemócratas; pero no absolutamente conscientes. Con excepción de quienes abandonaron al socialismo por la sociología y por una precocidad tecnológica que producía formales estructuras teóricas de menor pertinencia histórica que aun las enredadas tesis socialistas, el socialismo norteamericano libre de lazos comunistas se distinguió gracias a su carácter penetrante de aficionado. Los juicios políticos decisivos hallaron fundamento en la información de índole más accidental, y lo mismo que antes de la guerra faltó enfocar con precisión el funcionamiento institucional del conglomerado, de la política y de las relaciones exteriores. El aspecto intelectual del socialismo adquirió rasgos mayormente impresionistas y literarios, lo cual le añadió sensibilidad para entenderse con problemas sutiles sólo en algunos casos. Se consideró a la enajenación y a la cultura popular —lo anterior había

sido a lo largo de varias décadas una queja familiar de los radicales—dignas de una pesquisa más cuidadosa que la que merecía la economía o la diplomacia. Para hacerse de conocimientos la izquierda de la posguerra prefirió a los novelistas políticos, quienes pese a su penetración veían al mundo mediante un espejo que opacaba importantes características a las cuales se les podía definir sólo mirando a la sociedad directamente. Un novelista mediocre como George Orwell influyó mucho más que innumerables científicos sociales bastante más inteligentes, y su éxito dependió del gusto político con que se tomó en cuenta sus apreciaciones.

Una vez que los socialistas consideraron al totalitarismo, para no mencionar al bolcheviquismo, como una de las causas de la crisis mundial y no como resultado del colapso del liberalismo y de la política occidental, les fue posible sumarse, con reservas que no alteraron su compromiso básico, a la causa del "mundo libre". Los resultados fueron catastróficos. Los radicales de Estados Unidos se encontraron pronto embotando la agudeza de su sentido crítico y reconociendo explícitamente su comunión de intereses y supuestos con la política y la sociedad estadounidenses que siempre había estado implícita. En esta posición derivaban beneficios, resultaban elogiados excesivamente sus talentos y sus libros mientras ellos hicieran titilar a una cansada y frívola clase media alta que se componía de profesionales. Unos cuantos procuraban mantener sinceramente una imagen de integridad crítica por medio de la disección de algunos aspectos marginales de la vida y la política norteamericanas, pero hacia 1952 no se conocía entre los radicales más expresivos ninguna actitud importante de neutralismo o de tercer mundo en términos de la doctrina relacionada con el extranjero. Sobre todo, lo que jamás se aceptó voluntariamente fue echar un vistazo objetivo, agudo, desapasionado, a los mundos en competencia, a sus logros tanto como a sus menoscabos, mucho menos una mirada escudriñante a los fundamentos de la sociedad norteamericana y sus propósitos además de su papel histórico durante la crisis que sobrevino después de 1945. A quienes con más vigor reclamaban una importancia intelectual y literaria mayor y no aceptaban estas premisas, los aislaban y pasaban por alto la bohemia más elevada y el bando intelectual relacionado con las universidades y con los "medios culturales". Sólo el mundo subterráneo de los "beats" y de los renegados aislados hacía suyo a Kenneth Patchen; los europeos publicaban a Karl Korsch, quien se hizo en Francia de una reputación sin que jamás se le reconociera en el país donde vivió durante los últimos 25 años de su vida; la izquierda anticomunista leía pero también vilipendiaba a C. Wright Mills. La generación de la posguerra

reconoció la necesidad de adquirir nuevas ideas, y el llamamiento a hacer uso de la inteligencia se convirtió en una voz fija, pero poco más que eso ocurrió. Rara vez se aplicó la inteligencia a asuntos específicamente norteamericanos de tal modo que el conocimiento aumentara, y los estudios del comunismo no lograron remediar esta deficiencia.

En nombre del humanismo los socialistas de Estados Unidos se abanderizaron gradual pero firmemente a la causa norteamericana en el sentido político y cultural más profundo: Castro, el Vietminh y las víctimas de la crisis del mundo de la posguerra se volvieron al principio tan culpables como sus potenciales verdugos, tan delincuentes como ellos en el aspecto moral, y entonces desertaron de una manera que absolvía cada vez más a sus verdugos. El impacto de la resistencia occidental en los movimientos revolucionarios, especialmente en Europa oriental y en China, apenas se tomó en cuenta al evaluar los sistemas sociales que brotaban. De nuevo se condenó a las víctimas por su reacción ante los crímenes de sus verdugos, como si los cubanos, los vietnamitas y los chinos hubieran optado con malicia deliberada violar una tradición humanística que también ellos pedían para sí mismos y en bien de la cual decían estar obrando. El poder de la vieja guardia para moldear las estructuras de los nuevos sistemas, y lo que era transitorio o permanente, defensivo o deliberado en la síntesis, jamás resultaron dignos de consideración. Al fomento económico en calidad de justificación de sus actos se le tildó de economía estrecha, como si nada importara el fomento económico. A las pérdidas acarreadas por tal procedimiento se les examinó detenidamente, pero nunca se les midió contra las ganancias particularmente en aquellos casos en que había poca libertad intelectual o escasa democracia política que perder. Para muchos las tasas de desarrollo y su distribución carecieron de significado, y a los *litterateurs* les parecieron asuntos faltos de interés. Al planteamiento de que la diferencia entre el totalitarismo bolchevique con pan y el totalitarismo sin pan estriba en la eliminación del hambre, se le contradijo con el sucio y la muerte. Que una dinámica sociedad capaz de poner coto al hambre es más libre en términos decisivos y salva muchas más vidas de las que voluntaria o involuntariamente puede destruir, es algo que nunca se afrontó, aun cuando las alternativas políticamente útiles para el *statu quo* o para las economías planificadas no existían.

Tomar en cuenta estas cosas hubiera determinado un rompimiento entre la izquierda estadounidense desligada del comunismo y el orden social que le permitía funcionar cómodamente en su seno. Re-examinar cuidadosamente el contexto político del socialismo tal vez hubiera producido una nueva afiliación con las fuerzas que a través

del mundo han rechazado la hegemonía del liderato norteamericano, y hubiera representado la vuelta al aislamiento y a la inquietud. Hacia finales del decenio de 1950 la izquierda surgida de la tradición de la década de 1930 del Partido Socialista, fue incapaz de llevar a cabo este ajuste. Durante cincuenta años la izquierda estadounidense, debido a sus raíces ideológicas y a su optimista creencia en lo valioso de transformar el orden vigente, había estado inmersa en los mitos y en las premisas que tenían el favor de la sociedad de entonces. En el contexto del conflicto mundial, negarse a estar del lado de Estados Unidos hubiera sido lo mismo que abandonar la ilusión de que se era un ente político con futuro político. Pensar de otro modo hubiera sido asumir la nada envidiable y pesimista actitud de que el radicalismo, en vista de las realidades sociales y políticas de Estados Unidos, habíase colocado más allá de la política no porque careciera de ideas políticas sino porque al fin reconocía que no contaba con medios políticos. La izquierda habría dejado atrás a la política no porque ésta fuese insignificante, sino porque el dominio y el ejercicio del poder son hechos nominalmente democráticos pero realmente totalitarios por voluntad. Negarse a respaldar la causa norteamericana hubiera deshecho las ilusiones postreras relacionadas con la habilidad nacional para resistir una inconformidad que prefiere no señalar algunos acuerdos existentes respecto a los supuestos fundamentales.

En vez de ello los radicales procuraron mantener su importancia política a expensas de su disposición para protestar de la injusticia con medios vigorosos y negativos. Vieron necesario argüir en favor de una estructura política exitosa con la esperanza de que la descripción de ésta asumiera a la larga la naturaleza de la profecía que por sí misma se convierte en realidad, aun cuando su descripción del quehacer político guardara un extraño parecido con la de los académicos que confundían la retórica liberal con lo real. En ningún momento intentaron articular un sentido de la historia que generalizaba en cuanto a la solidez de las doctrinas estadounidenses para los asuntos domésticos y los asuntos extranjeros, ya que tal cosa tan sólo hubiera hecho ver la política de la retórica liberal como una trampa y las consecuencias pesimistas de tal comprensión no valían la pérdida del supuesto, si no lo ilusorio, de que los radicales todavía eran agentes por la libre del poder latente en una situación manejable que nutría las esperanzas.

El fracaso de la izquierda hacia finales de la década de 1950 no eliminaba la necesidad de una izquierda, ni su forzado optimismo alteraba las realidades más graves que pululaban bajo los asuntos domésticos de Estados Unidos y bajo su política extranjera. Que debe-

ría levantarse una "nueva izquierda" era algo pronosticable y lógico, y que ésta habría de contar con demasiadas de las características de la vieja izquierda no debe causar sorpresa. Su faccionalismo se debilita, y su visión del negro y del pobre no dista de la de los izquierdistas de antaño o de la de los miembros del sindicato de los Obreros Industriales del Mundo que se hacían de ilusiones acerca de las masas industriales o de los braceros. No se tiene plena conciencia de que para el negro y para el pobre los modestos logros pueden tornar imposibles los éxitos de gran alcance, requisitos previos de cualquier cambio social permanente. Una sociedad envenenada produce reacciones y hombres envenenados, y quienes no sucumben ante las presiones acaso se conviertan en una minoría minúscula dentro de la comunidad de blancos y negros: una rara minoría de liberales dotados de principios que encara un compromiso incapaz de ganar adeptos en un ambiente pródigo de abortados movimientos progresistas.

La nueva izquierda ha tenido la valentía política de retar las doctrinas del *statu quo*, aunque demasiadas veces confía en que el mecanismo político que rige puede emplearse de algún modo para posibilitar sus propios fines radicales. Pero no ha planteado interrogaciones agudas o importantes en lo que concierne a las premisas intelectuales de la vieja izquierda, y meramente ha rechazado su crónico anticomunismo al igual que su miopía respecto a los liberales en el Partido Demócrata. Para hacerse de éxito intelectual donde fracasó la vieja izquierda, los radicales de nuevo cuño tendrán que dar con premisas fundamentalmente nuevas y de largo alcance, premisas que no luzcan solícitas en presencia de los fantasmas de los siglos XVIII y XIX. Y para tener éxito político la nueva izquierda debe encontrar posibilidades dinámicas y fuerzas motrices dentro de un orden social en crisis, fuerzas que francamente debe ver tal vez no como factores permanentes y decisivos para el cambio social. Habiendo repudiado la conservadora e inútil política de la vieja izquierda, los nuevos izquierdistas tienen todavía que definir una alternativa seria y, aún más, dedicarse a crearla.

Partiendo de los fundamentos del consenso de la política y la sociedad norteamericana en el siglo XX, y de la voluntad de los beneficiarios del consenso para aplicar fuerza y poder suficientes dentro de su territorio así como en el extranjero cada vez que surge la resistencia al consenso y a su hegemonía, la nueva izquierda debe afrontar la perspectiva del fracaso como un posible resultado de la lucha en favor del logro de una política democrática en Estados Unidos. Las esperanzas racionales del siglo XX se fraguan ahora fuera de Estados Unidos, y lo menos que podría hacer el movimiento de resistencia

intelectual y política en Estados Unidos es alentar los esfuerzos de quienes en el extranjero tienen mayor oportunidad que nosotros para levantar una nueva democracia. En caso óptimo, tal vez una nueva izquierda sólo defina en el país un credo intelectual nuevo que permita a los hombres rectos salvar su conciencia e integridad aun cuando no logren salvar o transformar la política. Este logro menor no puede desdeñarse, puesto que aun ese mínimo está por lograrse, y una vez se obtenga quizá haya un asiento realista de donde tal vez brote a la larga una política nueva.